

satas, que implican frecuentemente grandes éxitos estadísticos pero en las que el «paciente» (el hombre y lo humano) casi siempre termina mal. «Aprendices de brujo» llama P. Chanchard a ciertos técnicos y especialistas con razón y conocimiento de causa, pues él mismo es técnico y especialista (neurofisiólogo). A fuerza de sensatez y cordura él ha sabido emerger de su especialidad (como nuestros Marañón, Laín Entralgo, López Ibor, Rof Carballo, etc.) y consagrarse como gran figura del humanismo.

«Conócete a ti mismo» y «hazte lo que eres», decían los grandes pedagogos y humanistas de la antigüedad clásica, concentrando en sus máximas siglos de experiencia y toneladas de sensatez y sentido común práctico. Esos mismos son los axiomas de Chanchard, pero avalados por los profundos conocimientos que él posee en los dominios de la antropología, la psicología, las ciencias y artes médicas y todas las humanidades. Y por un acuciante y atravesado sentido cristiano («crístico», habría que decir, siguiendo a su gran maestro y admirado inspirador, Teilhard de Chardin) del hombre y de la vida, que le permite ver lo esencial, lo directamente importante en este mundo supercomplejo con la misma lucidez con que lo veían Teresa de Avila y Teresa de Lisieux. Se trata, repite el autor, de aprender a *explotar* las posibilidades de *nuestro cerebro* en cada momento.

Trabajo y ocio, dirá Chanchard, sólo son auténticamente valiosos y rentables cuando los realizamos en un clima de autodomínio o nos ayudan a lograrlo, superando las enfermedades del progreso (hacinamientos antihumanos, ambientes enrarecidos, psicosis y nerviosismos, consumismos esclavizantes, etc.) y convirtiendo en auténticamente humanos (cobeneficiosos para todo el hombre y todos los hombres) los adelantos y logros positivos de las técnicas y los técnicos.

Chanchard nos detalla incluso los métodos y prácticas más indicados en cada momento para restablecer y perpetuar el equilibrio interno y para que nuestra conducta y acción en el mundo sean lo más rentables posible, para nosotros mismos y nuestros vecinos, incluso a nivel religioso-sobrenatural. Obra excepcional desde todos los puntos de vista.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

DE ALEJANDRO, José María: *La Lógica y el Hombre*. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1970. 423 págs.

El profesor de Filosofía de la Universidad de Comillas, P. José María de Alejandro, autor de una *Gnoseología*, de la que nos hemos ocupado ya en otra ocasión, aporta ahora, con el libro que presentamos, una nueva y valiosa colaboración al estudio, siempre actual, de la Lógica en sus concepciones clásicas y en las modernas versiones contemporáneas, haciendo ver lo que permanece de aquéllas y la indudable innovación de algunas concepciones de nuestros días, señalando agudamente lo que no es tan nuevo como se cree y lo que no puede negarse como contri-

bución y «ayuda metodológica para la facilitación lógica de los procesos mentales polarizados en la investigación y el avance del conocimiento».

Pero el libro no es sólo un tratado de Lógica, cuya verdadera naturaleza perfila, en sus relaciones con la Logística, la Matemática y la Gramática, para estudiar las tres partes fundamentales, la Semiótica, la Apofántica y la Algoritmia, con la finalidad común de defender el discurso humano, sino que *La Lógica y el Hombre* la concibe el autor como una meditación humanista, «para evitar que la Antropotecnia suprima a la Antropología y que la máquina suprima al hombre», porque siendo el hombre *naturaliter logicus, naturaliter aptus ad syllogizandum*—y ahí está la verdadera raíz de la Lógica—, es preciso devolver al hombre su autonomía, porque las posibilidades lógicas «son la medida de nuestra personalidad». Por eso, cuando nuestra personalidad está diluida ya en nuestra cultura irracionalista—antilógica o alógica—en un «barullo lógico» que todo lo domina y nada ayuda a un humanismo positivamente constructivo, es indispensable volver por los fueros de la lógica y romper lanzas en su defensa por lo que ella tiene—y lo tiene por «razonable»—de humana.

En efecto, «el mundo está perdido por falta de lógica», gustaba de repetir nuestro antiguo profesor de Lógica en los estudios de Filosofía, y muchas veces hemos tenido que dar la razón a aquel maestro, porque el mundo es lo que los hombres quieren que sea, y el propio hombre—«animal *rationalis*»—es, por el discurso y el razonamiento, como ha de distinguirse de su género próximo, animal. Y cuando tantas veces se conduce irracionalmente es porque olvida su «naturaleza lógica» y su natural aptitud para razonar (*ad syllogizandum*). Y si esto puede decirse de todos los tiempos, cuánto más en estos actuales en que el hombre se despersonaliza inmerso en tantos irracionalismos individuales y colectivos a los que no puede sustraerse y que crean la pereza mental del hombre contemporáneo que cree que todo se lo dan hecho: la técnica (que está robotizando al hombre), la máquina (que seca y paraliza su razón); el «robot» y el «slogan» y la «masa», impregnados de un vago materialismo y de un difuso nihilismo, «dejan poco lugar al *logos* humano y son tres fuerzas poderosas que acosan los últimos reductos lógicos que aún quedan en la mente», los tres van directamente a la inutilización del *logos* y al aplastamiento del espíritu; «robot», «slogan», «masa» forman la antilógica.

Siendo así, ¿para qué una Lógica? Quizá, se contesta el autor, «para ayudar a la defensa del hombre y, más concretamente, para la defensa de su *logos*». Por eso concibe la Lógica como «una vértebra del humanismo», porque sin la estructura bien plantada del *logos*, el hombre se desmorona.

Justificada—y plenamente lo está en la intención del autor—la finalidad de la Lógica de «ayudar a la autonomía radical y racional del hombre» y «establecer las bases de un humanismo lógico, necesario para todo humanismo constructivo», nada tiene de extraño que el P. de Alejandro arremeta, a través de todo el libro, contra los sucedáneos del razonamiento lógico, contra los equívocos y falsas lógicas, y no digamos contra

la negación de la «cochina lógica» (en frase tan despectiva de Unamuno), como si la emoción intuitiva, el sentimiento y el instinto han de ser, necesariamente, incompatibles con la lógica y no supusieran muchas veces inferencias y deducciones lógicas.

Pero la Lógica, ciencia del *logos* y expresión del pensamiento, está encarnada en el hombre como forma de vida, como expresión total de la persona. Por eso es del mayor interés la defensa de la dimensión lógica de la *personalidad* que es la que nos hace ser *así*, lo que nos sitúa en la sociedad, porque persona y personalidad son los elementos esenciales de la sociedad, que el autor presenta contra las fuerzas de la antilógica. La masa humana es la negación de la razón y ante ella, como ante el «robot», el hombre pierde su autonomía en el amorfo «montón». Pero si quedase algo de autonomía por quedar algo de razón, eso se encarga de aniquilarlo «el más poderoso enemigo del *logos* humano: el «slogan», la fuerza más decisiva de la antilógica». El «slogan» es «una malsana vegetación típica de los períodos de decadencia mental»; como antilógica, carece de complejidad y abunda en brillantez porque sólo así puede ser el «alimento intelectual» de las masas; y como vegetación maligna, carece de ideas y contenidos mentales. En ambos casos «ahorra el trabajo de pensar y discurrir, haciendo inútil el *logos*».

Muy interesante es el análisis psicosociológico que el autor hace sobre el «slogan» como antilógica. El «slogan»—dice—se impone como cliché obsesivamente repetido que hace desaparecer nuestra capacidad de pensar autónomamente, y cuando creemos que pensamos y discurrimos, en realidad confundimos la *repetición* del «slogan» con el *discurso* de la mente. El «slogan» ni admite plenitud lógica ni ninguna forma de control racional; «es sencillamente una forma de irracionalismo gnoseológico». Tal vez sea, ciertamente, la manifestación más visible, más extendida y pobre de nuestra decadencia intelectual. Desde el punto de vista psicológico, el «slogan» crea la ilusión de «haber dicho algo» cuando en realidad no hacemos sino repetir la expresión gnoseológica de la masa, y la falsedad repetida llega a creerse verdad. Por eso no hay posibilidad lógica con el «slogan» que, en la mecanización visual-auditiva de la arrolladora publicidad, convierte en verdadero los más oscuros y vacíos contenidos, machaconamente repetidos que «nos van convenciendo». Y siendo el «slogan» un sucedáneo de la Lógica, es el instrumento más apto para la «masificación» del hombre contemporáneo que, al carecer de lógica, se despersonaliza y la despersonalización—por la crisis del pensamiento—es el término fatal e inevitable de la corrupción lógica. El conocimiento-«slogan» o el conocimiento-tópico, antilógico y pasional, crea la *personalidad-número*, la persona se cambia en *cosa*, se «*cosifica*», la sociedad se cambia en *grey*, la razón en debilidad mental; nos vamos hundiendo en el anonimato multitudinario, en el rutinarismo de la masa impersonal, perdemos los perfiles verdaderamente humanos en una forma de aberración por vaciedad mental.

Este panorama exige una meditación lógica. Y esto es el libro que presentamos y esta la intención declarada de su autor. Ante el peligro anti-

humanista, que es evidente e inmediato, es preciso reforzar la única defensa posible, el sentido lógico.

Pero tiene también el autor otras razones «muy profundas» y «muy actuales» para escribir este libro: contribuir a esclarecer lo que se entiende por *diálogo* que es un término de auténtica prosapia lógica, y porque «hoy se habla abusivamente de diálogo» cuando lo que en la actualidad se llama «diálogo» se parece muchas veces, muchísimo y sorprendentemente, a un «monólogo»; además, el término «diálogo» encierra circunstancialmente «un regusto de rebelión y protesta», que en la práctica le hacen imposible, porque el que se rebela y protesta exige imposición, no diálogo». La prisa, la violencia, la astucia, la masa, el «slogan» prefabricado que caracterizan nuestra época hacen desaparecer, en el caos alógico del irracionalismo, el *arte del buen platicar* en que se ejercita la inteligencia por el diálogo; socialmente masivos, carecemos del recogimiento para platicar y dialogar. Sin embargo, el hombre es lógico y, por lo tanto, dialógico.

Estas son las razones que animan al autor a escribir este libro y, ciertamente, que responde a ellas en su exposición. Primero con una *parte introductoria* sobre la naturaleza y problemática de la Lógica formal, haciendo un recorrido histórico desde los prearistotélicos hasta las corrientes modernas del positivismo y pragmatismo lógicos, terminando con las definiciones, caracteres y origen de la Lógica. Seguidamente estudia el problema de la *pluralidad de las lógicas*, porque la larga historia de la Lógica demuestra que ésta no ha tenido ni una forma ni una expresión únicas.

En el panorama moderno surgen, a partir de Boole y Frege las *lógicas formales*, pero surgen también las *lógicas empíricas o inductivas*; nace también la *lógica experimental* con Goset, que se reduce a la comprobación de los hechos puros en el sentido de la Física, hasta el punto que se define como la *física de un hecho cualquiera*, careciendo de principios y de supuestos estables y fijos; la *lógica psicologista* (Beneke, Baldwin, Ziegler) que reducen la Lógica a Psicología; la *lógica normativa* de Goblot y Herbart, que, sin fundamento en lo real, busca la corrección del pensamiento, pero sin criterios lógicos para conseguirla; la *lógica metodológica* (Sigwart y Wundt) de gran utilidad y, a veces, exageradamente hipertrofiada, en los modos del conocimiento; la *lógica gnoseológica* kantiana que nace como corrección de la lógica aristotélica, es una *lógica-comocimiento* que identifica la Lógica con la Gnoseología a la que, a su vez, reduce después la escuela neokantiana de Marburgo a la Filosofía. Las *lógicas metafísicas*, o la identificación, pensar y ser hecha por Hegel, para quien «lo que es racional es real y lo que es real es racional», y las lógicas de Bradley, Bosanquet y otros, para los que la Lógica es la ciencia que se limita a traducir en bloque compacto de la realidad por medio de la identidad *S* y *P*, en la unidad absoluta del juicio. Si a estas lógicas añadimos la *lógica vitalista*, la *lógica histórica*, la *lógica orgánica*, la *lógica hermenéutica*, etc., que «más que verdaderas lógicas son auténticas *metafísicas de la Lógica*»; y sin olvidar la *lógica del pensamiento concreto* de Ortega y Gasset, la *lógica del pensamiento*

*esencial* (Heidegger), la *lógica dialéctica* del marxismo, etc., tendremos un cuadro no acabado todavía, pero sí numeroso, de la pluralidad de las lógicas contemporáneas. Porque más recientemente surgen determinadas sistematizaciones lógicas, irreducibles a las precedentes, como lo es, por ejemplo, para el autor, la *lógica fenomenológica* de Bolzano y Husserl, que se opone tanto al psicologismo como al formalismo extremo.

Ante este panorama pluralista la pregunta de si es posible la pluralidad de lógicas, quedaría ya contestada: *de facto ad posse valet illatio*; el pluralismo lógico es evidente. Ahora bien, ¿caben en el pensamiento humano tantas posibilidades de pensar? Este es otro problema y habría que distinguir entre la *lógica natural* y la *lógica artificial o científica*, porque si el hombre es *naturalmente* lógico y lo es de una misma manera, con unas mismas estructuras mentales, es indudable que no puede hablarse, no puede sospecharse siquiera, la pluralidad lógica.

Lógica, Gramática y lenguaje; Lógica y Matemática; la Lógica y la Logística (lógica simbólica, lógica matemática, lógica formal, álgebra lógica, algoritmia lógica, etc.—que todos estos nombres ha recibido la Logística—) son otras tantas manifestaciones de la virtualidad de la lógica que responden a las del hombre como *naturaliter aptus ad syllogizandum*.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

ELORZA, Antonio: *La ideología liberal en la Ilustración española*. Editorial Tecnos, Madrid, 1970. 310 págs.

Estamos ante la obra más completa que conocemos sobre el pensamiento liberal español en sus años de formación, a finales del siglo XVIII. Es un intento acertado de refutar la tesis de quienes consideran nuestro pensamiento liberal una mera transposición de los pensadores franceses. A través de un examen concienzudo y con una documentación francamente formidable se nos demuestra cómo «el análisis de la literatura política y económica arroja un balance abiertamente favorable a la hipótesis de que nuestra Ilustración es un período histórico de formación de una conciencia liberal, en sentido estricto».

La década de los años 1780 revela cómo en nuestro país las relaciones entre las clases privilegiadas (integrantes de la estructura del antiguo régimen) y la naciente burguesía tenían un carácter no antagónico; «el estilo del pensamiento del despotismo ilustrado—incorporado por funcionarios y magistrados como Roma y Rosell, Campomanes, Pérez y López, nobles como Peñaflorida y un largo etcétera—constituyó la expresión ideológica de esta situación. A esta ideología, con su defensa coherente de la monarquía absoluta y el predominio del clero y nobleza, sobre la base de la producción agraria y una forma de explotación industrial artesanal y manufacturera precapitalista, se superpone la naciente ideología liberal, con su incitación, más o menos radical, a romper las relaciones sociales características de la sociedad estamental en favor de nuevas